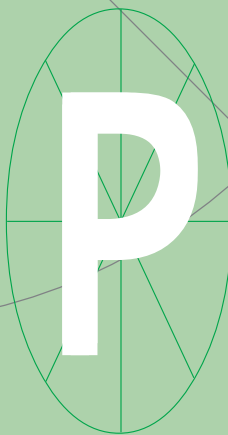


Inmigración e interculturalismo: Reto del interculturalismo europeo

▶ José Manuel Esteve Zarazaga*



Parto de la idea de que lo normal es la diversidad, pese a que, a la gente de mi generación se nos ha intentado hacer un planteamiento de la Historia y un planteamiento de las concepciones del Estado-Nación como si lo normal fuera la uniformidad. A lo largo de nuestra historia ha habido distintos intentos de producir uniformidad de forma artificial, negando la realidad multicultural y multilingüe que está en los orígenes mismos del Estado.

Y en este momento, en el que España se lanza junto con otros quince países a un proceso de integración europea, está aumentando la inmigración, y aumenta la libre circulación de ciudadanos... En un momento en el que empieza a hablarse de globalización... Quizás, por ello, es el momento en que necesitamos repensar el tema de la pluralidad y el tema del enfrentamiento educativo con la pluralidad, sin perder de vista esa doble dimensión que va hacia abajo, hacia la diversidad presente en cada uno de los estados miembros de Europa, y hacia arriba, hacia un proceso de integración que nos aparece como el futuro.

Quiero partir de un axioma que marque el contexto de la discusión, y es que los temas que intentamos plantear al hablar de educación pluralista son en última instancia problemas políticos, y es cuestionable que la educación pueda resolverlos por sí misma. Hablar de educación intercultural sólo tiene sentido en un contexto político democrático, ya que es necesario que cualquier iniciativa que se tome acabe reflejándose en decisiones políticas. Este tema, en países no democráticos, ni se discute, ni se plantea.

Si comparamos con los países de nuestro entorno, descubriremos que España es un país con una población relativamente uniforme, mucho más de lo que vemos en la población que transita las calles de Londres o París. España es un país relativamente uniforme en su población porque una de las mayores limpiezas étnicas que se han hecho en el mundo se hizo en España expulsando a 300.000 judíos y a no menos de 170.000 moriscos (expulsamos lo que era diez veces la población de Bar-

celona, que tenía 35.000 habitantes). De esta manera, nuestro país, de forma artificial, se convirtió en un país de una raza, y de una religión, con una cierta uniformidad en su población. Sin embargo, la diversidad original se resistió a ser unificada y en distintos momentos, cuando el poder central se debilitaba, volvían a surgir los conflictos y las tensiones de esos antiguos reinos que querían que se respetaran sus fueros, los pactos por los que se habían unido a otros reinos, su cultura y su lengua. La tensión entre pluralidad y uniformidad ha ido apareciendo a lo largo de nuestra historia, cada vez que se ha intentado producir uniformidad de forma artificial.

En la Segunda República se rescató el sentimiento de diversidad que continuaba latente. Sin embargo, después de la Guerra Civil, en el periodo franquista, nos encontramos con una política de unificación cuya imagen escolar sería ese cartel que se puso en muchas de las escuelas: «Si eres español, habla español».

Sin embargo, la Constitución democrática de 1978 supone un reconocimiento legal de la diversidad que estaba presente desde los orígenes mismos del Estado, y que fue más o menos mantenida como una identidad cultural en distintas áreas geográficas con una lengua y una cultura propias.

Si nos damos cuenta, el caso español es idéntico al de otros países europeos. En Gran Bretaña se encuentran Escocia, Gales e Irlanda. En Francia se encuentran bretones, corsos, alsacianos, el País Vasco francés y la Cataluña francesa. Si miramos hacia Alemania, descubrimos que es un estado federal porque los distintos landers tienen una autonomía propia que no quieren perder. No hablemos de Bélgica,... La suma de los quince estados miembros de la Unión Europea nos da un cifra muy superior a quince. Y esto es así, porque en cada uno de los países de nuestro entorno existe la misma diversidad, la misma mezcla, las mismas circunstancias históricas de países de aluvión, de grupos que fueron emigrando, de naciones diferentes uniéndose y partiéndose a lo largo de la historia.

Sobre esta diversidad inicial que está ya en los orígenes de los 15 países de la Unión Europea, nos encontramos ahora con una nueva tendencia a la diversidad producida por la inmigración. Como ha ocurrido siempre a lo largo de la historia, la Unión Europea se perfila como una zona

*El profesor Esteve Zarazaga es catedrático del Área de Teoría de la Educación en la Universidad de Málaga. Ha sido Director del Instituto de Ciencias de la Educación de esta Universidad. Es un reconocido especialista en temas de profesorado, algunos de cuyos libros han sido traducidos a varios idiomas. La publicación del libro *El malestar docente* supuso un hito decisivo en el análisis de la situación del profesorado, con numerosas ediciones. Ha sido profesor visitante en diversas universidades europeas, suramericanas e incluso la de Jerusalén. Es Vocal de la Comisión Asesora para la Evaluación de la Calidad del Sistema educativo. También lo fue de la Ponencia de Humanidades del Plan Andaluz de Investigación, y de la Comisión Nacional Evaluadora de la Actividad Investigadora. Es experto de EURYDICE y colaborador de la UNESCO.

rica, que ofrece puestos de trabajo, y, al mismo tiempo, con una demografía en recesión. Y, como ha ocurrido siempre, el hambre empuja a oleadas de personas que, huyendo de la miseria, vienen a instalarse en nuestros países.

El último censo escolar contabilizó en Londres 50.000 niños que no hablan inglés. Hablan 147 lenguas de las cuales las diez más importantes son: bengalí, turco, gujrati, español, griego, urdú, punjabi, chino, italiano y árabe.

El 27% de la población de Luxemburgo es población inmigrante, perteneciente a más de 20 nacionalidades, en un estado en el que los niños en la escuela ya afrontan la escolaridad en alemán y francés.

Por tanto, en el panorama escolar europeo nos encontramos con unos fenómenos de inmigración que van produciendo unas poblaciones escolares con una presencia cada vez mayor de inmigrantes.

En la mayor parte de los países europeos la inmigración se está concentrando básicamente en las grandes ciudades, tal como ocurre en Suiza: en los pequeños cantones alemanes, de economía rural, hay unos pequeños porcentajes de alumnos inmigrantes (3,7%), mientras que las escuelas del Cantón de Ginebra tienen un 41% de alumnado de origen inmigrante.

En el panorama político europeo contemporáneo encontramos dos movimientos centrales hacia la diversidad:

El primero es el creciente poder político de las regiones, que no solamente es una tendencia española, sino que aparece igualmente en el resto de los países de nuestro entorno, con distintas fórmulas de autogobierno, que en nuestro país se han concretado en las instituciones como Comunidades Autónomas.

El segundo es el proceso de diversificación de la población, producida no sólo por la inmigración sino también por una mayor movilidad de la población; incluyendo en esta rúbrica no sólo la movilidad de la población extranjera que viene como inmigrante, sino también la movilidad de la población en el interior de un mismo Estado o Nación y la movilidad en el interior de una misma Comunidad Autónoma. En contra de lo que ha ocurrido casi siempre, la gente no muere donde nace.

En este contexto una nueva política de unificación es impensable. La Europa unida va a ir más hacia una Europa de las regiones y de las nacionalidades que a una entidad organizada en un bloque unitario, basado en una nueva idea de unificación a gran escala, en un ámbito más amplio que podría ser el europeo.

Se plantea un nuevo problema que aparece en la política europea: el problema de la

cohesión social. El problema es cómo aceptar la diversidad sin que se pierda esa cohesión mínima, ese sentido de comunidad, sin el cual se enfrentan los estados y las comunidades que anteriormente convivían en paz, fraccionándose en distintos grupos y llegando a las rupturas culturales y étnicas, a los conflictos tan radicales que, lamentablemente, hemos visto de una forma terrible en la antigua Yugoslavia.

Es necesario plantearse entonces cuál es el papel de la educación dentro del proceso de socialización, y cuales serían los planteamientos desde los que la educación puede favorecer el pluralismo sin que lleguemos a perder un mínimo de cohesión social.

Hay un libro básico, escrito en 1916, de John Dewey, *Democracia y educación*. Es un libro básico, porque está escrito por el teórico americano que se encuentra un país producto de la emigración y que reflexiona con una buena apoyatura científica sobre cuáles pueden ser los papeles de la escuela ante las masas de inmigrantes que llegan a los Estados Unidos con distintas lenguas, con distintos valores, con distintas creencias y con distintas concepciones de la vida.

Hasta ahora, la educación producía procesos de socialización convergentes, de tal manera que la educación era un proceso que unificaba valores, unificaba la lengua, unificaba las concepciones de la vida. Sin embargo, en el momento actual nos encontramos con una auténtica ruptura de la socialización convergente, y por lo tanto con la presencia en nuestras escuelas de niños que tienen ideas, concepciones y planteamientos educativos muy distintos, y que exigen que se respete sus diferencias.

Dewey ya planteaba en su día que en una ciudad actual existe más diversidad que la que existía en un continente en épocas anteriores.

En el momento actual nos encontramos con la dificultad de definir qué valores debe plantear la escuela cuando conviven en un mismo territorio, en una misma área geográfica, alumnos con costumbres, tradiciones y culturas diferentes.

La política que plantea Dewey es la que se ha denomina-



do la política del crisol. El crisol se utiliza en las fundiciones para mezclar distintos metales y producir una aleación única.

En el momento actual nos encontramos con que la política del crisol se hace impensable, hasta el punto de que, como he propuesto en algún escrito, estamos pasando de la política del crisol a la política de la ensaladera. En la ensalada mezclamos diversos ingredientes, que no siempre son los mismos, y buscamos que tengan una cierta armonía, pero manteniendo cada uno de ellos su sabor original.

Ahora bien, desde esta nueva perspectiva, tenemos que reflexionar sobre los nuevos problemas que plantea una sociedad divergente. Nos encontramos con que en nuestra sociedad conviven grupos distintos que presionan a nuestras escuelas para que asuman enfoques educativos contrapuestos, y a veces contradictorios, mientras que muchos de nuestros profesores no están preparados para afrontar y resolver este tipo de conflictos.

Tenemos que contar con la presencia de cuatro factores de diversificación en nuestras sociedades contemporáneas:

Grupos culturales con culturas y lenguas diferentes dentro de un mismo estado; emigrantes que se establecen de forma más o menos permanente; transeúntes que se establecen temporalmente, sin deseo de integración y pensando en volver lo antes posible a su país de origen; el fortalecimiento de la propia identidad en grupos resultantes de la socialización divergente en diferentes subculturas.

En el anuario de UNESCO de 1998 se le da a España una tasa de escolarización del 109%, es decir, tenemos escolarizados un 9% más que los niños censados. Lo cual ocurre en todos los países de nuestro entorno europeo. Si se mira el mismo anuario, se descubrirá que Francia tiene una tasa

de escolarización del 114%, básicamente pro-

ducido por la escolarización de niños inmigrantes argelinos, de niños transeúntes, minorías étnicas (como ocurre con los niños gitanos)... que no les apuntan en el censo, etc. En realidad, esto supone que la escolarización real es del 100% de la población infantil.

Esta escolarización del 100% de los niños supone la presencia dentro de nuestras escuelas, por primera vez en la historia, de todos los problemas sociales y políticos que un país tiene pendientes y que ahora deben dirimirse en el campo de juego de lo escolar. Esta nueva situación implica la desaparición de la uniformidad que antes tenía nuestro alumnado cuando nuestro sistema educativo era un sistema educativo de élite. El año que yo acabé mi bachillerato sólo estudiábamos secundaria en este país el 9% de los niños de mi edad. No es lo mismo trabajar con un 9% de una población escolar superseleccionada, que trabajar con el 100%, o mejor con el 109% de la población, incluyendo esas cuatro fuentes de diversificación que hemos visto.

Por tanto, los nuevos problemas prácticos que deben enfrentar nuestros profesores exigen diseñar nuevos sistemas de formación. No podemos seguir incorporando profesores para trabajar en estas aulas nuevas donde impera la diversidad, donde hay problemas que nunca se han planteado antes en nuestros sistemas educativos, manteniendo los antiguos sistemas de formación, donde se les siguen enseñando las materias tradicionales, y, luego, naturalmente, no hay tiempo de preparar de forma práctica a nuestros profesores para enfrentar los problemas reales con los que se van a encontrar.

Es urgente reformar la formación inicial de nuestros docentes, porque de verdad estamos volviendo loco al profesorado, y cuando digo que lo estamos volviendo loco, quiero decir que Málaga y su provincia, donde durante 7 años yo he hecho las estadísticas de salud docente, produce al año 150 enfermos mentales que tienen que abandonar la profesión porque no aguantan seguir en la enseñanza.

Nuestro profesorado se encuentra con problemas de lengua, con problemas de identidades culturales diferentes, con valores distintos, con que tienen que asumir labores educativas en las que continuamente les hemos ido pidiendo nuevas responsabilidades: haga usted educación sexual, y haga usted educación para la tolerancia, y haga usted educación vial... ¿y qué más? Pues cada vez que tenemos un problema social o político pendiente le damos una larga cambiada y lo metemos en la escuela. Que aparece el sida, hagan educación para la salud. Que aumenta la llegada de inmigrantes, hagan educación intercultural, y así un largo etcétera.

En el momento actual nos encontramos con que la política del crisol se hace impensable, hasta el punto de que, como he propuesto en algún escrito, estamos pasando de la política del crisol a la política de la ensaladera.

